



*Vida  
indómita*

*Aventuras  
de un biólogo  
evolutivo*

*Robert  
Trivers*

«Uno de los grandes sabios  
en la historia del pensamiento  
occidental.» **Steven Pinker**

# VIDA INDÓMITA

Aventuras de un biólogo evolutivo

Robert Trivers

Antoni Bosch  Editor

Antoni Bosch editor, S.A.U.  
Manacor, 3, 08023, Barcelona  
Tel. (+34) 93 206 0730  
info@antonibosch.com  
[www.antonibosch.com](http://www.antonibosch.com)

Título original de la obra:  
*Wild Life*

Copyright © 2015 by Robert Trivers. All rights reserved  
© 2016 de la edición en español: Antoni Bosch editor, S.A.U.

ISBN: 978-84-946103-6-3

Diseño de la cubierta: Compañía  
Maquetación: JesMart  
Corrección: Raquel Sayas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

*En memoria de mi maestro,  
William H. Drury, Jr*



# Índice

Prefacio

[Estudiar la vida y vivirla](#)

1

[Desde las matemáticas al paro pasando por la guerra de Vietnam](#)

2

[Bill Drury, el hombre que me enseñó a pensar](#)

3

[Recuerdos de Ernst Mayr](#)

4

[En Jamaica me convertí en un hombre lagarto](#)

5

[Juzgado por agresión con resultado de lesiones corporales](#)

6

[La muerte de Flo](#)

7

[Atracado a punta de pistola en East Kingston](#)

8

[Glenroy Ramsey: maestro cazador de lagartos](#)

9

[Los asesinatos más frecuentes y repugnantes en Jamaica](#)

10

[Un holandés inquietante intenta robarme a punta de cuchillo](#)

11

[El asesinato de James «Be-be» Bent](#)

12

[Por ahí con Huey.](#)

13

[Detenido](#)

14

[Estampas de biólogos evolutivos famosos, \\_grandes y pequeños](#)

15

[Sentimientos ambivalentes hacia Jamaica](#)

16

[Mirar hacia atrás y hacia delante](#)

[Agradecimientos](#)

Prefacio

Estudiar la vida y vivirla

A un científico siempre se le plantean las alternativas de estudiar la vida y de vivirla, y yo siempre he querido que una no excluyera a la otra. Sin embargo, esto es exactamente lo que una vida dedicada a la ciencia te lleva a hacer: dedicarte plenamente al estudio y, aparte de esto, no vivir demasiado. Puedes tener una familia y algunos buenos amigos, claro, pero casi todos los científicos llevan una existencia sedentaria, a menudo solitaria y profundamente interior. Te concentras en experimentos y teorías y lees sin parar. Tu vida está centrada en tu pequeña área de estudio, algo que compartes solo con unos pocos. Lo cual no significa que no dispongas de oportunidades para tener interacciones sociales estimulantes, por supuesto. En las entrañas del Museo de Zoología Comparada de Harvard, con una hilera tras otra de especímenes en pasillos largos y oscuros, de vez en cuando un especialista en escarabajos se vuelve, agarra a una obsesa de los mosquitos cecidómidos, y por un momento delirante se produce tanto un congreso sociosexual como una mezcla de vidas basados en la biología propiamente dicha. Él estudiará escarabajos, ella mosquitos, codo con codo por el mundo. Nada de competición, solo complementación.

Sin embargo, nunca me atrajo este tipo de vida. A mí me gustaba mezclarme con todo el mundo, sin duda por naturaleza, y encima crecí en casa de un diplomático. Las lenguas y los países extranjeros formaron parte de mi educación. Como mi padre es-



taba destinado en Europa, recorrí más catedrales, museos y galerías de arte de lo que habría sido aconsejable para cualquier niño, y encima sin tener interés alguno en la cultura europea ni en las disciplinas académicas basadas en ella. No obstante, sí aprendí cinco idiomas y me lo pasaba bien conociendo gente en su tierra, hablando su lengua, aprendiendo sobre su ámbito cultural.

Cuando por fin encontré en la biología evolutiva mi hogar intelectual, este me ofreció precisamente el tipo adecuado de viaje al extranjero, lo rural, lo montaraz, lo exótico, lo salvaje. El tercer mundo, no el primero. La biología evolutiva me llevaría a todas partes. Y me enseñaría a extraer conocimientos de todo lo que experimentara en esos viajes mediante una lógica simple y muy general: ¿qué se vería favorecido por la selección natural? ¿Cómo sobreviviría y se reproduciría uno mejor en esas condiciones? Resumiendo, abracé un sistema de pensamiento que me permitió estudiar la vida y vivirla, a veces con gran intensidad.

Tenía veintidós años cuando aprendí lógica evolutiva, veintitrés cuando empecé a estudiar las aves en serio y veinticuatro cuando hice mi primer viaje a la naturaleza salvaje. Era un hombre soltero. Estaba impaciente por ver qué había por ahí. Mi profesor de biología era una persona aficionada al Ártico, así que ese fue mi primer destino. Pero solo una vez. En cuanto abandoné el Ártico supe que no volvería; demasiado frío, demasiado duro, muy poca vida, y, claro, seguramente con una actividad social demasiado limitada. Supe que la próxima vez iría al sur. Y, en efecto, fui a Jamaica, donde he vivido dieciocho años.

También he estudiado la vida salvaje (y la vida humana) en Haití, Tanzania, Panamá, Barbados y Senegal. Pero, en cierto modo, Jamaica ha sido mi morada intelectual del mismo modo que lo ha sido la biología evolutiva. Me uní a la isla (mi patria de adopción) y a la vez «robé mujeres a la isla», como reza la expresión jamaicana. Mis cinco hijos son estadounidenses-jamaicanos. Habría podido fácilmente seguir la ruta del África occidental, como hicieron muchos biólogos evolutivos de la época; he pensado a

menudo en lo diferente que habría sido entonces mi trayectoria vital en tal caso. De todos modos, la decisión de ir a Jamaica no evitó mi exposición a la violencia.

En términos evolutivos, la violencia está relacionada con efectos importantes e inmediatos en la supervivencia. A su vez, Jamaica es una sociedad violenta. Cuando decidí hacer allí mi trabajo de campo no lo sabía, por supuesto. De hecho, en 1970 me sorprendió conocer a un sociólogo alemán que estaba estudiando la violencia en la isla. Vaya, pensé, ¿un alemán está dispuesto a recorrer tantos kilómetros para estudiar eso? Será que está pasando algo interesante. Él no se lo podía creer. ¿No sabía yo que Jamaica era una de las sociedades más peligrosas del mundo? Pues no, ni idea. Jamaica, me aseguró, tenía uno de los índices de homicidios más altos del mundo. Y todavía lo tiene.

Es justo decir que mis décadas de trabajo de campo, sobre todo en Jamaica pero también en Panamá (e incluso Ámsterdam), conllevan más experiencias cercanas a la muerte de las que habrán tenido la mayoría de los científicos. Me vi involucrado en robos a punta de pistola y a punta de cuchillo, sufrí una invasión armada en mi casa y participé en una pelea por la que fui acusado de agresión. También he sido catapultado a alturas demasiado elevadas para tener la supervivencia asegurada. Podrías llamarme desdichado, pero prefiero decir que el alfanje de la selección natural ha pasado siempre muy por encima de mi cabeza. En las páginas que siguen, he intentado capturar esta dimensión inusual de mis experiencias, donde la vida vivida y la vida estudiada se han fusionado en condiciones extremas: precisamente las condiciones que cabría esperar que revelaran con más claridad la dinámica subyacente a la evolución.

Mis experiencias cercanas a la muerte me han ayudado muchísimo a no privarme de vivir la vida al tiempo que la estudiaba. En cualquier caso, estas páginas contienen mucho más que los episodios y los personajes violentos con los que me he encontrado. A lo largo del camino también he conocido mentes extraordinarias, desde mi inesperado profesor Bill Drury al legendario evolucionista Ernst Mayr, pasando por Huey Newton, ministro de De-

fensa de los Panteras Negras (tan brillante como peligroso), entre otros muchos. Aquí he intentado transmitir siquiera leves impresiones sobre estos seres humanos excepcionales y lo que significó para mí conocerlos.

Por último, he tratado de conectar mi vida con miembros de otras especies animales, procurando entenderlos desde dentro de su mundo e incluso hablarles en su propia lengua. En este libro he incluido, cuando lo he considerado pertinente, estas comunicaciones y estos puntos de vista lejanos, aunque a veces sorprendentemente familiares –de las aves y los monos, los lagartos y los chimpancés–.

Acaso a muchos les parezca extraña esta combinación de recuerdos: experiencias cercanas a la muerte, intelectos humanos fabulosos, la mente y la conducta de otros animales... Para mí, sin embargo, es la única combinación capaz de dar una idea clara de cómo he vivido y estudiado la vida; y de cómo, muy a menudo, estos empeños han llegado a ser indistinguibles. Esta es mi vida como biólogo evolutivo: animales, colegas evolutivos y experiencias límite, todo en uno.

## Desde las matemáticas al paro pasando por la guerra de Vietnam

A los doce años sabía que quería ser científico porque, tras analizarlo detenidamente (estábamos en 1955), era obvio que ninguno de los otros ámbitos intelectuales –la historia, la religión, la literatura inglesa o las ciencias denominadas «sociales»– prometía demasiados progresos reales e intelectuales sostenidos. Primero me atrajo la astronomía, la inmensidad y la belleza del espacio y los miles de millones de años que había tardado en formarse; algo mucho más fascinante e impresionante que la metáfora de los siete días de la Biblia. Me hice con un telescopio, leí la *Astronomía* general de Hoyle, y se me ocurrió la hipótesis biestelar sobre el origen del sistema solar.

Me gustaba que la astronomía fuera una ciencia. Esa gente no andaba por ahí haciendo el tonto. Medían cosas, y lo hacían con cuidado. Contrastaban afirmaciones con datos, y eran capaces de cambiar unos u otras, y continuamente procuraban aumentar la precisión de sus cálculos. Cuando la teoría de Einstein de que la gravedad curvaba la luz se evaluó mediante el visible cambio de posición de una estrella durante un eclipse, tuvimos una prueba espectacular, medida con gran precisión, de la magnitud de esta curva. Sin embargo, como la astronomía no era una disciplina a la que uno pudiera dedicarse en octavo curso, pronto dirigí mi atención a las matemáticas.

Resulta que mi padre tenía muchos libros de matemáticas, y un día, por puro aburrimiento, cogí uno titulado *Cálculo diferencial*.

Yo tenía trece años y tardé dos meses en llegar a dominar el libro. Y después tardé otros dos en dominar el libro de al lado, *Cálculo integral*. Me resultaba muy emocionante ver que el álgebra que yo sabía tenía verdaderas aplicaciones analíticas y predictivas: ahora era algo nimio calcular el área bajo una curva compleja. Esto era solo parte de la belleza de las matemáticas, y su gemelo científico: podías aprenderlo todo desde abajo hacia arriba; al menos, si estabas dispuesto a dedicar el tiempo y el esfuerzo necesarios. Las pruebas matemáticas eran totalmente explícitas, cada variable y cada transformación estaban descritas con precisión. A su vez, los experimentos científicos estaban explicados de tal modo que otros podían intentar reproducirlos exactamente igual para ver si se repetían los resultados.

Llegué a dominar otros ámbitos de las matemáticas, principalmente la teoría de los números, el infinito, lo irracional, la teoría de límites, etc. Ingresé en Harvard como estudiante de segundo curso de matemáticas puras, pero a mitad de curso vi hacia dónde me llevaría de todo el asunto, y no era lo que deseaba para mí: en el mejor de los casos, a producir trabajo de gran utilidad pero de efecto muy retardado, quizá en el año 2250, no para su uso inmediato. La física no ofrecía ninguna ventaja, pues, de entrada, yo carecía de la menor intuición física. Cuando un día levantaron un objeto del suelo y nos dijeron que, de este modo, le habían dado «energía negativa», me fui derecho hacia la puerta. Y no sabía nada de química ni biología, puesto que no había estudiado estas asignaturas en ningún curso.

Así pues, decidí cambiar la verdad por la justicia y hacerme abogado. Libraría grandes combates: el de los derechos civiles de los primeros sesenta, las leyes contra la pobreza, por leyes criminales para criminales que esperabas que no fueran demasiado culpables, y cosas por el estilo. Pregunté a unos y otros qué estudiarían si quisieran dedicarse al derecho, y me decían que no existía ningún curso «preparatorio» en Harvard ni nada parecido, así que mejor estudiar la historia de Estados Unidos. La declaré como asignatura principal, y me pasé los años siguientes estu-

diando los Documentos Federalistas, la Constitución, las Decisiones del Tribunal Supremo... todo eso.

Desarrollé una aversión casi inmediata hacia la materia porque desde el principio resultó evidente que la historia de Estados Unidos, tal como se estudiaba entonces, no era tanto una disciplina intelectual como un ejercicio de autoengaño. La principal pregunta que se planteaban los historiadores norteamericanos de la época era esta: ¿por qué somos la sociedad más fabulosa jamás creada y el pueblo más estupendo que ha pisado la faz de la Tierra? Las principales teorías en competencia eran respuestas a esa pregunta. Una de estas teorías se refería a las ventajas de tener una sociedad diseñada por ingleses de clase alta; otra, a las ventajas de una frontera en permanente desplazamiento —es decir, al exterminio de los indios americanos desde la costa Este hasta el Oeste—. El ámbito más amplio de la historia era algo más interesante, pero seguía estando compuesto de relatos del pasado inevitablemente tendenciosos y sin información crítica, y no tenía demasiadas esperanzas de que se corrigiera ninguno de los dos defectos.

En abril de 1964, mi tercer año en Harvard, sufrí un colapso nervioso y estuve dos meses y medio hospitalizado. Antes del colapso había pasado por una fase maníaca que había durado cinco semanas, durante las cuales había experimentado gran excitación mental, dificultades para dormir y la certeza de ser la primera persona en entender lo que decía realmente Ludwig Wittgenstein, pese a que era la primera vez que asistía como oyente a un curso de filosofía. Recuerdo poco más de esta fase maníaca salvo que empecé a probar la autohipnosis para poder dormir. No surtió efecto, y la falta de horas de sueño es lo que provocó el colapso definitivo. Al final, una noche mis amigos, cada vez más preocupados, me ingresaron en la enfermería de Harvard, donde no supe responder a la pregunta elemental: «¿Quién eres?». «¿Una mujer embarazada?» «¿Un bebé recién nacido?» En ningún momento dije: «Un estudiante de tercero de Harvard completamente confuso».

Después pasé once semanas de reclusión voluntaria en tres hospitales para tratarme la psicosis. Las reclusiones, aunque sean voluntarias y en un hospital, nunca tienen ninguna gracia. Estás encerrado, no tienes permiso para moverte por ahí a tu antojo. Pero menos mal que en esa época los bioquímicos ya habían descubierto compuestos que te quitaban la psicosis al punto, y luego la mantienen a raya para que tengas tiempo de dormir y recuperarte. Tras mi liberación final a mediados de junio, me pasé el verano leyendo novelas, una al día. Desde aquel verano bendigo a los novelistas. Como científico, desde luego no puedo leer toda la ciencia que debería, no digamos ya novelas, pero aquel verano las novelas me permitieron abandonar mi vida y vivir la de otros mientras mi yo se relajaba y se recomponía.

Harvard me readmitió en otoño. Estuve casi todo el semestre jugando a *gin rummy* hasta altas horas de la noche –en otras palabras, dejando descansar un poco más a mi cerebro–. Pero también decidí hacer un curso de psicología, pues mi crisis mental me hizo pensar que quizá sería útil tener conocimientos sobre el tema. Pronto me quedó claro que la psicología no era aún una ciencia, sino más bien una serie de conjeturas en pugna sobre lo que era importante en el desarrollo humano: el aprendizaje estímulo-respuesta, el sistema freudiano o la psicología social. Ninguna estaba integrada con las demás, y como ninguna podía constituir la base de una verdadera ciencia de la psicología, dejé de interesarme por el asunto.

Las dos facultades de derecho en las que había solicitado el ingreso –que supuestamente se encontraban entre las más progresistas– me rechazaron, por lo que me gradué en una disciplina por la que no sentía mucho respeto y a la que no tenía la intención de dedicarme. Regresé a casa a vivir con mis padres, sin empleo, aunque con la esperanza de encontrarlo. Sin embargo, aún me faltaba lo del llamamiento a filas.

## Soy un veterano de la guerra de Vietnam